

Por lo tanto, la integración ha devenido en moneda corriente del discurso económico, político, diplomático, tecnológico y cultural en la cotidianidad. Un tema así, no ha podido escapar a la banalización propia de nuestra contemporaneidad. Razones por las cuales, cuando se emprende la realización de una serie de encuentros científicos que pretenden analizar seriamente las bases e implicaciones de este fenómeno, es de aprecio su difusión, en cuanto ella contribuye a considerar el problema —o los problemas que integran la cuestión— bajo una perspectiva diferente.

El trabajo de coordinación académica y editorial realizado por los colegas Sergio Guerra, Alejo Maldonado y Carlos Oliva se materializa físicamente con este primer título llegado a nuestras manos: *Historia y perspectivas de la integración latinoamericana* bajo el patrocinio de la Asociación por la Unidad de Nuestra América de Cuba, la Coordinación de la Investigación Científica y la Escuela de Historia de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, de México. Es fruto combinado no sólo de mexicanos y cubanos, pues ella ha dado cabida a especialistas de Argentina y Colombia. Obviamente, una integración intelectual al parejo de esfuerzos latinoamericanos.

En la obra el papel inicial lo desempeña el recuento histórico, el acucioso inventario histórico realizado por Sergio Guerra y Alejo Maldonado de los muy numerosos intentos realizados por las repúblicas latinoamericanas por dar paso a diferentes formas de alianza para la defensa, cooperación entre Estados, normatividad para sus relaciones, conflictos, dificultades y metas. Intentos realizados prácticamente al margen de los intereses de otras potencias interesadas en el continente americano. En él se examina prioritariamente las bases teóricas que desde principios del siglo XIX prohicieron los ideales unificadores. Los autores cargan la mano en las expectativas despertadas por las propuestas estratégicas de cohesión ante el proceso anticolonial que resquebrajó definitivamente al otrora poderoso Imperio español. En el recuento dan el lugar que se merece a Francisco de Miranda, muchas veces oscurecido por la relevancia que le dio Simón Bolívar a la idea mancomunadora, al ser quien más esfuerzos realizó para difundirla y ponerla en práctica.

A mi juicio, es necesario unir a la valoración de los elementos contribuyentes a la gestación y aliento del proyecto integrador originalmente hispanoamericano (y digo hispanoamericano pues estuvieron excluidos en sus inicios la República negra de Haití y el Imperio de Brasil) los elementos que los obstruccionan, sobre todo los de orden interior. Exclusión que se extiende al análisis de cómo fue emergiendo y evolucionando la idea de América Latina como un paradigma intelectual que no comprendió en su horizonte –en la doble acepción que imbrica– el aporte significativo –en el largo plazo de la formación de los pueblos latinoamericanos– de las culturas subordinadas, de las culturas oprimidas por la élite blanca, hispanoparlante, cristiana, a los afluentes culturales procedentes de África, naturales elementos esenciales de lo que vino a especificar los caracteres distintivos de América.

No obstante, Guerra y Maldonado coronan su introducción con una actualizada consideración del debate iniciado décadas atrás acerca de esta evolución, que a la postre ha venido a dotar a los ciudadanos al sur del Río Grande de una carta de identidad supranacional: la latinoamericanidad. Identificación que adquiere una connotación de mayor homogeneidad y afectividad que la de europeos. Y la razón subyace, creo yo, en que a contrapelo la heterogeneidad significativa, en el seno de las sociedades latinoamericanas, entre las repúblicas, sobrevivieron los patrones resultantes de una dramática síntesis de lengua y culturas que dieron pie a una comunidad de mayor potencialidad humanista que la heterogeneidad cultural que rodeaba la unidad político-económica propuesta años después por la potencia angloamericana, resultante cargada de patrones muy distintos.

Sobre esta base primigenia expuesta por Guerra y Maldonado fue que nacieron los sucesivos intentos por plasmar institucionalmente la unidad continental. Proyectos cronológica y exhaustivamente expuestos que constituyen un excelente material para fines didácticos y de consulta; aunque he echado en menos, una reunión de carácter jurídico patrocinada por Uruguay y Argentina, a mi entender importantísima, que tuvo lugar en Montevideo a fines de 1888 y comienzos de 1889, pocos meses antes de la Primera Conferencia

Panamericana convocada por Estados Unidos, en donde se acordaron pasos importantes en materia de conformar el derecho internacional americano.

El examen y enumeración de esfuerzos se prolonga hasta la época actual. Proyectos y figuras, instituciones y coyunturas mencionados en el pormenorizado recuento, sirven para tomar conciencia de la cuantía y magnitud de las investigaciones históricas concretas que están pendientes de realizar, tan sólo en lo que se refiere a precedentes históricos. Ciertamente, hay personalidades como Bolívar y Martí, que han merecido atentos estudios que no están exentos de útiles revisiones; sin embargo, hay otras figuras y temáticas, entre las muchas señaladas por los autores que están pendientes de una reconsideración desde nuestro mirador actual: tales son los casos de Francisco Bilbao, José María Torres Caicedo... la propia existencia y funcionamiento de la Unión Panamericana, fuera de los opúsculos exaltatorios fabricados por los funcionarios ejecutivos estadounidenses, padece de poca consideración historiográfica. Ni digamos la famosa OEA cuyos archivos aún no se revisan con ojo analítico.

De ahí, que la introducción histórica que abre el libro, de facto constituye un nido de sugerencias de temas y problemas que merecen estudios, a fin de proyectar nueva luz hacia el proceso que precede los planteamientos que hoy se manejan con idílica tentación.

Una manera diferente, en forma y contenido de abordar los precedentes históricos a los procesos integratorios fue la empleada por Carolina Crisorio, Norberto R. Aguirre y Ofelia B. Scher. A título de ensayo histórico, este colectivo de autores argentinos, encara con un sostenido nivel de teorización, la problemática originaria de las estructuras de las integraciones más remotas entre las colonias y sus metrópolis. Ciertamente el planteamiento viene a ser, para quienes la compartimos, sumamente aleccionador y constituye una significativa advertencia para quienes ignoran que las tendencias globalizadoras en el continente arrancan de épocas muy lejanas.

Miradas las cosas en esta génesis, los caracteres estructurales –quizá estaríamos tentados a decir la deformación estructural que da cimiento a la actual y anómala globalización- fueron constituidos desde

un epicentro dominante (las metrópolis colonialistas capitalistas) y una periferia subordinada (los apéndices coloniales). Estos capítulos II y III nos ofrecen, entonces, un sustento histórico en lontananza, los puntos de partida en el largo y duro camino de una integración de la América Latina a la economía-mundo, como dice Inmanuel Wallerstein.

Integración donde están consideradas no sólo las avenencias y conveniencias de los intereses europeos dominantes (luego, entrará Estados Unidos con vigor propio a la élite privilegiada), también han contemplado las resistencias y crisis por las cuales atravesó sin afectar grandemente las bases inequitativas sobre las cuales se erigió.

Crisis y resistencias que nutrieron hace más de siglo y medio la interrupción de alternativas destinadas a defender y promover un reenquiciamiento autónomo como se colige del capítulo de Guerra y Maldonado.

La peculiaridad del III capítulo del colectivo argentino reside en que ilustra detalladamente la cuestión durante este último siglo XX, tomando los ejemplos del Cono Sur.

El reacondicionamiento de las emergentes repúblicas parcialmente modernizadas al gran capital imperialista europeo o estadounidense, fortificó unos lazos de dependencia que dejaron muy pocas posibilidades para poner en marcha alternativas integracionistas estrictamente latinoamericanas. Tales fueron las conclusiones a que llegaron en su estudio. Cito casi textualmente: la fuerte dependencia de Londres, luego el acrecentamiento del papel de Estados Unidos en el hemisferio, suma a competidores tan poderosos como Francia y Alemania, pusieron en el escenario internacional importantes polos de atracción que obstaculizaron (y siguen obstaculizando) los proyectos de inspiración bolivariana.

Si los argentinos abordaron a fuerza las vicisitudes del MERCOSUR, el colombiano Roberto González Arana, se volcó sobre otro gran esfuerzo regional, el llamado Pacto Andino. El cual involucra a Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile, con los correspondientes vaivenes y fugacidades de participación activa. En esta parte se presta detallada y especial atención a los escollos que se

plantean a un intento de integración regional interlatinoamericana hoy día. González Arana examina los presupuestos extraeconómicos en que debe descansar una integración más sólida y se hace eco, parcialmente, de la exigencia predicada por Álvaro Tirado Mejía: “no es viable hablar de integración sin la existencia simultánea de la democracia”. Exigencia que también compartimos desde el punto de vista contrario a la concepción oligarco/imperialista de la integración -que es la concepción prevaleciente- que viene a ser la de concebir las etapas y niveles integratorios como válvulas de refuncionalización de las disfunciones del sistema capitalista mundial. Tal es el modelo que impera y desequilibra al mismo proyecto que propugna. El análisis del caso está muy bien documentado y merece analizarse con mayor atención que la que aquí prodigamos.

Por último, el aspecto más candente y cargado de implicaciones políticas vigentes: el protagonismo estadounidense, tanto ante los proyectos de inspiración latinoamericanista como ante su propia propuesta, el panamericanismo, fundado por James Blaine en 1880. Aquí hay mucha tela por donde cortar y siempre corremos el riesgo de parcializarnos contra el coloso imperial como Estado-nación sin tomar en cuenta que todo esto no es más que aspectos inherentes a la evolución del capitalismo como categoría histórica.

El trabajo de Carlos Oliva da cumplida y polémica respuesta a las hipótesis que se planteó. La primera, que el presupuesto esencial del interés norteamericano en la integración es el que ha servido para articular las políticas públicas de Estados Unidos para América Latina y el Caribe dentro de un sistema de dominación neocolonial. En el ejercicio de esa hegemonía, toda acción latinoamericana y/o caribeña que implique el desarrollo de capacidades independientes y alternativas como lo sería de hecho un proceso de integración regional no responde a su interés y objetivos.

La segunda -concibe al panamericanismo como estrategia hemisférica de Estados Unidos, en necesaria correspondencia con el desarrollo capitalista / imperialista, siendo su orientación la concertación subordinada al centro hegemónico. Coincide con mi planteamiento de calificar este reenfoque de neopanamericanismo.

Esta es una primera entrega impresa que reúne resultados presentados en una serie de encuentros patrocinados por varias instituciones académicas de América Latina y el Caribe, acerca de la integración del continente. Material diverso que combina lo remoto con lo actual, aspectos diferentes y enfoques polémicos. Sobre todo material necesario para revisar y reenfocar los precedentes y características de un proceso que envuelve a enigmáticas variables del futuro de los países subdesarrollados y dependientes del continente americano. Expresiones primarias de un proyecto de estudio y discusión de enorme interés que no debemos perder de vista.

Salvador E. Morales Pérez
Instituto de Investigaciones Históricas de la
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

